

Luis E. Valcárcel, el indigenista e incanista

WALDEMAR ESPINOZA SORIANO

1. El indigenista

La vida y obra de Luis Eduardo Valcárcel (Ilo, 1891; Lima, 1987) ofrecen múltiples aspectos relevantes. Pero, de conformidad a mi opinión, dos son los fundamentales: 1° su sincerísimo indigenismo, y 2° su ilimitado espíritu incentivador para forjar científicos sociales que, dedicados a tiempo completo, se consagrarán a comprender y explicar la cultura autóctona de los Andes: arqueólogos, antropólogos y etnohistoriadores.

En lo que incumbe al primer asunto, le tocó ser el más profundo y leal defensor del devenir, creaciones y mentalidad de los *runas* (habitantes del espacio andino). Todo ello en una época de intensos prejuicios raciales y sociales anti-indígenas, sostenidos por diversos grupos hispanizantes y aristocratizantes que ejercían el poder y el gobierno desde Lima y ciudades del interior (Trujillo, Piura, Cajamarca, Huánuco, Ayacucho, Arequipa, Cusco, etc.). Luis E. Valcárcel, como otros a quienes logró adherirlos a su causa, representaron, en tal perspectiva, las posiciones de vanguardia, mientras la derecha y extrema derecha burguesas defendían las actitudes

reaccionarias y arcaizantes. Eso lo llevó a encaminar su vitalidad a la elaboración de una teoría científica del Perú y de los peruanos, tomando como punto de partida y meollo la civilización andina, principalmente a la de los incas. Tal ideario recibió el nombre de *indigenismo*.

El *indigenismo*, concretamente, surgió como respuesta a un Estado incapaz de imaginar una sociedad donde puedan convivir distintas etnias ("¿razas?") en pie de igualdad, a pesar de que los *indios* componían por aquellos tiempos el 66% de la población residente en el territorio de la república.

La mencionada corriente representó, en consecuencia, una lucha abierta contra la tiranía y prepotencia de los gamonales (terratenientes y hacendados) y las abundantes clientelas que giraban alrededor de ellos. Los gamonales dejaban sentir su ferocidad explotadora y discriminadora no sólo en sus latifundios y pueblos apartados de las ciudades, sino también en las cabeceras departamentales e incluso en la misma capital del Estado. Lógicamente, entonces, el discurso de los indigenistas, cuyo proyecto consistía en revalorar y reconocer los derechos del indio, colocándolo

los en un nivel igual que otros peruanos, no fue admitido. Por el contrario, la burguesía los miraba como a una asociación peligrosísima.

Los indigenistas, entre los que sobresalía Valcárcel, a su vez enseñaban que el estudio de la prehistoria (o historia antigua del Perú) constituía la viga maestra para reivindicar al indio del siglo XX, heredero, en todos sus matices, de las altas culturas y civilizaciones prehispánicas. Es que entre los constructores de Chavín, Huari, Tiahuanaco, Chimor, Chinchase Incas y los indios de hoy hallaban y veían una inocultable continuidad.

Esa gallarda actitud indigenista del moqueguano es perceptible desde 1909, cuando en la vieja capital del Tahuantinsuyo animaba al Grupo Sur, cenáculo de intelectuales de formidable dinamismo. En 1920 ya figura como uno de los protagonistas más destacados del indigenismo cusqueño, dándose a conocer por sus campañas y denuncias contra los inveterados expoliadores del indio: los gamonales. Simultáneamente daba a luz muchos artículos rescatando la cultura de los Incas. Cabalmente por vivir en el Cusco, a donde llegó cuando frisaba el primer año de edad, es que estaba en condiciones de ser un buen conocedor de la vida indígena, realidad que le permitía captar las manifestaciones materiales y mentales de los *runas*.

Sin embargo, su indigenismo era el típico de los *criollos* y *mistis* ("señores provincianos de la sierra") de la clase media, lo que vale decir de personas sin vínculos sociales ni raciales con lo indígena, pero sí motivado por una insondable simpatía por el pueblo nativo y las conquistas culturales de éste. Valcárcel no pertenecía, pues, a las masas indias. Era, podríamos decir, del conjunto *criollo* (descendiente de españoles, nacido

en Ilo-Moquegua). De ahí que su indigenismo, como el de sus colegas de combate, ante todo conformaba un estado de ánimo, un gesto de comprensión, un apoyo desde fuera y desde arriba a los indígenas desdeñados y sobreexplotados en haciendas, minas, fábricas, talleres y hogares de otros *criollos* y *mistis*. Los indigenistas, como se ve, estaban integrados por personas de buen corazón, de bondadosas intenciones.

Es, precisamente, en tales rubros en los que L. E. Valcárcel tuvo una descolante intervención, dejando en torno a ello lo mejor de su producción escrita. Desde su tesis de bachillerato en ciencias políticas y administrativas: *La cuestión agraria en el Cusco* (1914) y su libro *Tempestad en los Andes* (1927) hasta su *Ruta cultural del Perú* (1945) y sus *Memorias* (1981). Justo, en las páginas de este último volumen brinda el relato histórico bastante detallado de la totalidad de aquel proceso que marcó época en la historia de las ideas y en la batalla por la igualdad de los derechos del hombre en el Perú. Al igual que Mariátegui, Valcárcel logró que el problema indígena fuera incorporado a la gran problemática universal que abarca a todos los pueblos oprimidos del mundo.

Tempestad en los Andes es sencillamente el gemido de los *runas* que cargaban sobre sus hombros el peso de la indiferencia y desaire de los *mistis* y *criollos* de las ciudades, especialmente de la capital limeña. Es la más desgarradora de las críticas a los grupos de poder gobernantes que no podían o no querían entender que el Perú es una "patria" pluricultural, pluriétnica y plurilingüística. Motivo por el cual, justamente, mantenían a los indios marginados económica, social, educativa y políticamente. El citado libro es el primer manifiesto beligerante, en el cual su autor

auguraba una futura "tempestad" o cambio radical en el proceso económico y social del Perú. Su indigenismo propugnaba que, pese a esa enorme heterogeneidad de etnias y lenguas, en el Perú es factible construir una unidad como *nación*. He ahí por qué *Tempestad en los Andes* configura un hito en la historia de las ideas en el Perú, bien que menos penetrante cuando se le compara con los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* de José C. Mariátegui (1928) y *Perú: problema y posibilidad* de Jorge Basadre (1931 / 1978).

Sólo después de una indesmayable y valiente campaña editorial y publicitaria, Luis Eduardo Valcárcel, y el movimiento indigenista en general, consiguieron que las camarillas dominantes criollas de Lima y de las populosas ciudades provincianas del Perú, poco a poco admitieran el encomiable rol que han jugado y siguen jugando los indios en el acontecer de nuestro país. Aquellos círculos de poder que hasta entonces tenían puestas sus miradas y fuentes de inspiración en Europa (y Norteamérica), lentamente dejaron de dar las espaldas al Perú verdadero y percatarse de lo que es el auténtico campesinado andino y las multitudes peruanas en común (cholos, mestizos, negros, sambos, mulatos, etc.). Así se explica cómo, si bien pausadamente, comenzaron a instituirse museos de arqueología y etnografía; a aparecer musicólogos y coreógrafos para recoger las melodías y ritmos vernaculares; y compositores que elaboraban piezas inspirándose en sus compatriotas aborígenes. A su vez, surgían muchos dibujantes, acuarelistas y pintores que plasmaban en cartones, telas y murales infinidad de escenas genuinamente oriundas. El indigenismo, inclusive, acabó introduciéndose en los ruedos políticos, los cuales tomaron al indio

como bandera proselitista, prometiéndoles espectaculares reivindicaciones.

Los trabajos de índole histórica y etnográfica de Valcárcel trascendían, por igual, un depurado indigenismo, Cosa comprensible porque, ya vimos, él era el más vehemente expositor de la cultura y civilización andina con el objetivo de rescatar el pasado para devolver su dignidad al indio contemporáneo, presentándolo, hasta convencer, de que fue y es capaz de excelsas realizaciones. En tal sentido, lo que hizo fue poner el pasado al servicio del presente. De ahí el porqué sus escritos traen el listado y elogio de los aportes culturales andinos, pero tratados con los razonamientos que por entonces habían puesto en boga los antropólogos europeos y norteamericanos. De manera que sustentándose en valores milenarios fraguó un programa o proyecto actual. De allí que su fascinación autoctonista carece de conceptos chauvinistas, manifestándose más bien como un pensador universal.

Ello, específicamente, lo enrumbo a la fundación del Instituto de Etnología y Arqueología en la Universidad Mayor de San Marcos, donde ejercía la docencia desde 1930, enseguida de haberla desempeñado en el Cusco.

El Instituto de Etnología y Arqueología de San Marcos fue inaugurado en 1946. Como tenía que ser, no fue establecido como resultado de una vanidad académica ni por constituir dos disciplinas de moda. Su intención estaba nutrida por el ansia de dar en el quid de la compleja realidad social del Perú, Ecuador y Bolivia: escenarios de remotas y brillantes civilizaciones que configuran las raíces de estas tres repúblicas modernas, que devinieron, desde el siglo XVI, en pluriculturales y pluriétnicas. Así es como puso en funcionamiento ese

estupendo proyecto de estudiar científicamente la prehistoria (arqueología), la protohistoria (ethnohistoria) e historia del Perú para caminar con paso seguro hacia la reconstrucción de nuestra *nación*. O en otras palabras, como ya dijimos: poner el pasado al servicio del presente y futuro. Con ello, sus puras ideas indigenistas experimentaron un extraordinario viraje para hacer realidad sus planes de renovación. A partir de entonces (1946) Valcárcel concentró sus esfuerzos en la formación de científicos sociales sobre bases científicas.

Es que su aspiración era forjar arqueólogos, antropólogos y ethnohistoriadores integrales para percibir mejor el pasado y presente de los países andinos, con miras a la transformación estructural que tanto urgían y urgen estas repúblicas. De ahí que las obras del ileño tienen que ser leídas y releídas por quienes se interesan en conocer los orígenes de la problemática social y económica del habitante rural andino y por quienes persigan el alivio y perfeccionamiento del Perú.

De ello hizo el eje de sus preocupaciones, con los ojos clavados en la meta final: la reivindicación de la cultura peruana prehispánica, cuyo corolario debía ser la demostración y comprobación del vínculo indesligable del indio antiguo con el campesino indígena de hoy. De allí su posición frente a las *comunidades*, a las que no consideraba meros relictos o fósiles de la antigüedad, sino la cristalización milenaria de la inteligencia y trabajo para domesticar la abrupta geografía andina, hasta convertir al Tahuantinsuyo en una tierra sin hambrientos y descamisados.

Tal giro en el comportamiento de Valcárcel fue causa para que disminuyera su espíritu batallador exteriorizado en su *Tempestad en los Andes*. Como

director del Instituto Indigenista Peruano (desde 1945), en concordancia a las nuevas corrientes de mesurada política emanadas del Congreso de Pátzcuaro (México 1940), su tónica fue la de "modernizar al indio respetando su cultura", hasta alcanzar "la integración de los indígenas a la sociedad nacional". Con esa finalidad fue concebido un proyecto experimental de antropología aplicada en Vicos (Ancash). Allí, comprando tierras a una hacienda, fue instaurada una *comunidad moderna*: prueba o intento que fue matado por la reforma agraria de 1969, cuya Ley la expidió Juan Velasco Alvarado.

Por cierto que el eximio moqueguano no fue el único gran indigenista. En el sur del Perú y hasta en Lima otros dejaron oír sus planteamientos, también muy importantes: Gamaliel Churata (o Arturo Peralta, en Puno); Rumi Maqui (o Teodomiro Gutiérrez); Uriel García (el autor de *El nuevo indio* /1930); Dora Mayer, Pedro Zulen, etc. Todos ardientemente inflamados por restituir al indígena su protagonismo histórico y, con ello, de una vez por todas, forjar la identidad peruana, sin renegar de las contribuciones andinas, hispanas, africanas y asiáticas.

Lo que acabamos de manifestar fue lo que aguijoneó la constante preocupación de quiénes conocían la vida y hechos de Valcárcel, alentándolo, de modo invariable, para que escribiera sus *Memorias*, por considerarlas fundamentales para el conocimiento de la polémica indigenista no sólo cusqueña sino también capitalina. En verdad, esto es lo que muchísimos de sus amigos y discípulos deseábamos tener y leer, con mayor premura y preeminencia que sus textos de historia. Cosa que recién pudo efectivizarse aproximadamente en 1970, en que vertió sus evocaciones en varias

cintas magnetofónicas, pero de manera tan desordenada y desarticulada que imposibilitó su inmediata edición. Años duró la transcripción mecanográfica y el ordenamiento, acomodo y reacomodo del referido relato, unas veces añadiéndole y en otras suprimiéndole algo, todo ello a cargo de un grupo de personas comisionadas por el instituto editor. Hasta que por fin en 1981 fue posible repasar y estudiar sus enunciadas *Memorias* en un voluminoso libro de 478 páginas, cuando su autor había ya cumplido 90 años de edad. Realmente, para muchos de nosotros, lo más sobresaliente ahí son los capítulos concernientes a ese debate crucial en la historia de las ideas de nuestra república.

Justamente por lo que confiesa en sus *Memorias*, y porque fui su alumno, porque escuché sus clases y porque conozco sus artículos, folletos y libros, juzgo que el ilustre Luis E. Valcárcel es mucho más famoso e impercedero, sobre todo, por su indigenismo y por haber sido el formador de una apreciable pléyade de científicos sociales.

Es evidente: el indigenismo que él creó y mantuvo latente durante décadas llenó un lapso sustancial en nuestro siglo XX. Sus influencias resonaron en Bolivia y el Ecuador, con manifestaciones en los proyectos políticos, y en la producción literaria, pictórica y teatral, con muestras que ahora son modelos clásicos en el arte y cultura de Hispanoamérica.

Fui alumno de Valcárcel, primero en la asignatura de Introducción a la Etnología, y luego en la de Etnohistoria Inca. Pero nuestra cordial amistad se prolongó más allá de las aulas y claustros universitarios. En aquellos lustros tuve condiscípulos de innegable vocación para el análisis de la prehistoria, antropología e historia del Perú que, trans-

curridos los años, han impactado en el ámbito de las ciencias sociales en mérito a sus agudas investigaciones e interpretaciones.

Finalmente, creo oportuno recordar que ahora, en el Perú, ya no hay indigenistas. El último: José Sabogal Wiesse, murió en 1989. En la actualidad la cuestión es enfocada con criterios ideológicos, clasistas y políticos. Pero el problema de los grupos étnicos en nuestro país sigue vigente. Las mayorías o minorías continúan pensando que hay razas superiores e inferiores; se mantienen los prejuicios discriminando a la gente por las tonalidades de la pigmentación. Lo que significa que la esperanza indigenista de reivindicación subsiste en pie; bien que hoy es posible marchar en pos de ella con más firmeza que antes. En fin, hasta la *democracia* auténtica prosigue siendo una promesa para los peruanos.

2. El incanista

Siempre es grato examinar la vida y obra de este inolvidable compatriota nuestro, el más eximio indigenista peruano y fundador de la etnohistoria andina; de este hombre que nació en Ilo el 8 de febrero de 1891, que vivió en el Cusco hasta 1930, que fue docente de San Marcos hasta 1961; y que falleció a los 96 años de edad el 26 de diciembre de 1987.

Como se acaba de ver en el apartado anterior, fue un estudioso que le tocó vivir en una época llena de prejuicios, exacerbados y manifiestos, incubados por los *criollos* y *mistis* contra los indígenas, considerándolos como a gentes indignas del más mínimo aprecio. Decir *indio* equivalía entonces a lo peor de todo, social y racialmente. Luis E. Valcárcel veía, oía y sentía todo eso en el

Cusco, a donde fue llevado por sus padres en 1892. Así es como trabó sus vínculos con los indígenas de la sierra sur, a los mismos que, con el correr de los años, convertiría en el objeto principal de sus investigaciones.

Desde su adolescencia y juventud, efectivamente, dio muestras de su vocación indigenista y de su afán por conocer el pasado histórico de nuestro país. En 1908 ingresó a la Universidad de San Antonio Abad (Cusco). En el mismo año publicó su primer artículo sobre la cultura andina, titulado "Religión de los Incas", dado a luz en el periódico *El Sol* de la que fue capital del Tahuantinsuyo. Desde aquella fecha se van a suceder una serie imparable de trabajos suyos, entre los que sobresalen *Kon*, *Pachakamak* y *Wiracocha*, con cuya sustentación se recibió de bachiller en Letras en 1912. Luego *La cuestión agraria en el Cusco*, que le sirvió para optar el grado de bachiller en Ciencias Políticas y Administrativas en 1914. En las páginas de ambos reflejaba con diafanidad su tendencia nativista y peruanista.

Todo lo cual lo fue afianzando en otros textos posteriores: *Del ayllual imperio* (Lima 1925) y en *Tempestad en los Andes* (Lima 1927), al igual que en sus *Cuentos y leyendas incas* (Buenos Aires 1927) y otros libros más, donde bullen su admiración por la antigüedad peruana, su entusiasmo por el *runa* del Tahuantinsuyo, que, según lo decía sin cesar, tuvieron una vida mejor que la nuestra, principalmente en el aspecto biológico. Esa posición, cabalmente, es lo que le valió el sobrenombre de *indigenista*.

Como notarán, Luis E. Valcárcel devino en un franco y cordial enamorado del antiguo Perú. De modo que se transformó en el gran admirador y expositor de aquella armónica organización so-

cial que persiguió una sola meta: el bienestar de los pobladores. Para llegar a tales conclusiones tuvo que excavar en lugares arqueológicos, recorrer la sierra meridional, leer, estudiar, investigar, escribir y publicar, actividades que las efectuó desde su adolescencia hasta su ancianidad sin descanso ni desmayo. Y todo ello podía llevarlo a cabo gracias a su apasionamiento decidido por las esencias indígenas, fascinación que lo condujo en algunos momentos a proclamar la inferioridad psicológica y moral y aún técnica de los invasores y conquistadores españoles, en comparación con los habitantes tahuantinsuyanos. Claro que con el devenir de los años iba a suavizar su posición, aunque sin aceptar nunca eso que Víctor Andrés Belaúnde adjetivaba de "síntesis viviente", o mejor dicho, la mezcla integral o simbiosis biológica y/o cultural de indios y españoles.

Esta actitud asumida por Luis E. Valcárcel en su juventud supo mantenerla inmutablemente firme tanto en su conducta como en su proceder. Yo diría que esa vehemente efusión más bien crecía conforme se adentraba en el estudio severo y sensato de la historia antigua del Perú y de la etnología andina actual.

Su producción investigadora en tal aspecto es tan prolífica, tan larga, que es imposible enumerarla aquí. De ahí que sólo me tomaré la libertad de poner énfasis en tres que, de acuerdo a mi entender, podrían ser las más conspicuas: 1° su *Historia de la cultura antigua del Perú* (dos tomos. Lima 1943 / 1949). 2° su *Etnohistoria del Perú Antiguo* (primera edición, Lima 1959). Y 3° su *Historia del Perú antiguo a través de la fuente escrita* (primera edición, Buenos Aires 1964. Tres volúmenes). Es imposible, sin embargo, eludir en este listado sus libros *Del ayllu*

al imperio, ya citado; *De la vida inkaika* (Lima 1925); *Mirador indio* (Lima 1937); *Ruta cultural del Perú* (México 1945) y su hermoso *Machupicchu* (Buenos Aires, primera edición 1964). En cuyos capítulos encontramos el anhelo de conocer la vida del hombre tahuantinsuyano, para lo que amalgamaba la correcta literatura con la sólida investigación, uniendo los adustos datos arqueológicos con la lúcida y amena descripción del paisaje, más la honda simpatía hacia un pasado en el que la realidad y los mitos conformaban un solo cuerpo.

Luis E. Valcárcel no era un chauvinista, no lo fue nunca. Su intenso encanto y aplauso por la civilización antigua del Perú estaba apuntalado por la arqueología, la documentación escrita, la lingüística y la antropología. Estas probaban y continuaban demostrando que el antiguo *runa* andino fue creador, inventor, descubridor y dador de aportes trascendentales a la humanidad. En este territorio nuestros antepasados autóctonos, sabemos hoy que domesticaron el mayor número de plantas que en cualquier otro lugar del mundo, tanto de las alimenticias como de las medicinales e industriales. Ellos dominaron las técnicas de deshidratación de tubérculos y carnes. Su oro y plata contribuyeron desde la primera mitad del siglo XVI a formar eso que Carlos Marx llamó la "acumulación primitiva del capital", sobre la que, poco después, se cimentaría el capitalismo europeo y mundial, que ahora domina el planeta con el nombre de neoliberalismo. Conocieron la planificación económica. Concibieron una arquitectura que sigue asombrando al mundo. Sus tecnologías para aprovechar y conservar sus suelos ahora son motivo de reactualización y rescate para ampliar nuestra frontera agraria y paliar el apetito de más de 22 millo-

nes de personas. Conocieron el abono mediante el guano de las islas. En fin, sus artes, desde la alfarería hasta la orfebrería, pasando por la textilería, son señas más que suficientes de que nuestros ancestros andinos edificaron una de las más excelsas civilizaciones del globo, con los rasgos del equilibrio, del método, de la tolerancia. El haberle escuchado todo esto a Luis E. Valcárcel en las aulas sanmarquinas y el haberle leído en sus publicaciones, fue y es, de verás, un deleite imborrable.

En las unas y las otras nos enseñó, con emoción y convicción, del compromiso moral y nacional que tenemos en esta búsqueda a fondo de las raíces ancestrales del Perú; de aquella época en que el país erradicó el hambre y la miseria. Y lo decía con razón y fundamento, porque ningún cronista de los siglos XVI, XVII y XVIII jamás puso en duda de que en el territorio de los incas no se hubiera hecho realidad tal utopía.

Pero Luis E. Valcárcel tenía más méritos. Entre los científicos sociales de su tiempo solamente él, con Jorge Basadre, José María Valega y José B. Lastres fueron los únicos que culminaron su obra. Cosa que no ocurrió con Julio C. Tello, Raúl Porras Barrenechea, María Rebeca Carrión, José Carlos Mariátegui y otros. En el caso de Mariátegui, fue abatido por la muerte muy temprano; mientras que Porras si bien escribió miles de páginas, la verdad es que cuando falleció, apenas dejó una parte de lo que quiso hacer. Su *Biografía de Pizarro o Historia de la conquista del Perú* quedó inconclusa. En cambio Luis E. Valcárcel, como Basadre, Valega y Lastres, tuvieron más suerte: vidas más dilatadas y poquísimas ocasiones para salirse de sus campos profesionales, lo que les permitió dar cima a sus aspiraciones.

Luis E. Valcárcel sostenía que el

conocimiento histórico del Tahuantinsuyo no sólo es posible sino conveniente. Posible gracias a la copiosa información que recogieron los cronistas, cuyos testimonios conforman una base firme para elaborar esa historia. Pero esa fuente escrita, profería, debe caminar complementada con la arqueología, la lingüística y la antropología, para así obtener una visión integral del imperio de los incas. El confiaba en los cronistas, pero no totalmente. Concorde a lo que manifestó una vez: *"cada cronista contribuye con su cuota más o menos valiosa de información; y unos con otros van completando acontecimientos pasados que acabarán de moldear los arqueólogos, los lingüistas, los etnólogos y demás profesionales del conocimiento del hombre y de la sociedad de todos los tiempos"*. Luis E. Valcárcel estaba convencido de que los cronistas, pese a que sus intereses fundamentales fueron lo religioso y político, brindan un caudal de noticias para conocer las manifestaciones culturales del Tahuantinsuyo. El confiaba en los cronistas, a diferencia de otros autores que les restan valor considerándolos como inmerecidos de fe o cuando menos como incomprendidos observadores. De conformidad a sus apreciaciones, los cronistas también pueden ser útiles para otros investigadores preocupados en diferentes ramas del saber humano: geógrafos, naturalistas, economistas, arquitectos, ingenieros, planificadores, hombres de Estado, etc. Todos pueden aprovechar las experiencias del hombre tahuantinsuyano en su lucha triunfante sobre la naturaleza. Evidentemente que es así, porque está probado de manera absoluta -decía- que el Estado imperial de los incas fue una gran empresa para el bienestar de la integridad de sus habitantes. Como se ve, tuvo puntos de vista que siguen y seguirán vigentes.

Desde 1942, en su plan de investigador y autor que trabajaba con teorías y métodos adecuados, ya diferenciaba las manifestaciones de la cultura incaica clasificándolas en "órdenes de actividad cultural", que los detalló en la siguiente forma: economía, política, derecho, moral, ciencia, técnica, religión, magia, mito, juego, concepción del mundo y arte. Los cuales se complementan con dos instrumentos de la cultura: el lenguaje y la educación.

Mi opinión es que los tomos titulados *Historia de la cultura del Perú* (Lima 1943 / 1949) son de los mejor logrados en la inmensa obra de Luis E. Valcárcel en lo concerniente a los incas; pues ahí encuentro que hay manejo de fuentes y, más que todo, una buena teorización. El mismo criterio me merece su *Etnohistoria del Perú antiguo* (Lima 1959). Fue la edición de sus clases sanmarquinas, constituyendo el compendio de sus explicaciones hechas desde 1948. Aquí expone la historia de los incas combinando las fuentes escritas con las arqueológicas, lingüísticas y antropológicas, enfocadas con las modernas interpretaciones sociales. Es un libro sistematizado con el que quedó introducida e inaugurada la etnohistoria en el Perú, una manera novedosa de comprender y explicar el pasado peruano, con los mismos métodos empleados por quienes estudian a los pueblos primitivos de hoy, una verdadera revolución en la historia y conocimiento de las sociedades andinas. Gracias a este método, precisamente, nadie duda ahora que el Perú es una patria muy antigua. El pensaba, con plena razón, que con la etnohistoria (que usa como instrumentos a la arqueología, la lingüística y la antropología) se puede llegar a conocer la totalidad del mundo indígena, rescatando el espíritu propio de la identidad peruana.

Lo cierto es que, desde entonces, la etnohistoria ejerce mucha influencia en las ciencias sociales del Perú. A partir de lo que ahí dejó escrito, los (auténticos) etnohistoriadores ya no se limitan a estudiar las fuentes escritas (en sus gabinetes, citando referencias que encuentran en las crónicas). Como la etnohistoria se interesa por los problemas de unidad y continuidad de la cultura andina actual, requiere trabajos de campo (lingüístico, arqueológico, folklórico, etnográfico). De ahí por qué actualmente la etnohistoria en el Perú está en auge. Revela el gran interés que hay por conocer a los pueblos autóctonos prehispánicos, y también a los de la época colonial y de los tiempos republicanos. Hay fascinación por conocer sus realidades económicas, sociales, rituales, religiosas, sus relaciones de parentesco, su arte, etc. La etnohistoria es hoy una disciplina vigorosa porque ha logrado concertar las fuentes empíricas con la teoría.

Pero no obstante lo que acabo de manifestar, para otros la obra cumbre de tan ilustre indigenista es su *Historia del Perú antiguo a través de la fuente escrita* (Buenos Aires 1964). Esta, en efecto, fue considerada por la crítica (literaria) como el triunfo de Luis E. Valcárcel. Le dieron el calificativo de libro lleno de madurez, colmado de méritos, indispensable para los eruditos peruanos y extranjeros interesados por los incas. Y digo extranjeros porque la civilización inca unió en su tiempo a lo que ahora son los pueblos del Perú, Ecuador, Bolivia y parte de Argentina, Chile y Colombia, motivo por el cual en esos países también rastrean las secciones que les corresponde. De manera que estos tres volúmenes constituyen una obra continental por su temática.

Sin embargo, a su *Historia antigua del Perú a través de la fuente escrita* otros le

han hecho severas críticas. Realmente, si bien es la más voluminosa, allí no alcanzó los resultados que él mismo deseaba y que nosotros esperábamos. No pudo plasmar sus anhelos en una labor crítica de las fuentes. De ahí que cae mayormente en la recopilación y el resumen. Sólo de cuando en cuando hallamos someros comentarios. Por cierto que en estos tres volúmenes reactualiza sus métodos de estudio, presentando al Tahuantinsuyo según los "órdenes culturales", que son la base de los "universales culturales". Los "órdenes culturales", expresa Luis E. Valcárcel, son estructuras constantes que configuran la realidad social: economía, política, derecho, moral, ciencia, técnica, arte, juego, correspondientes al ámbito material; y luego la religión, magia, mito y concepción del cosmos, que pertenecen a lo ideológico, además de dos herramientas importantes: la lengua y la educación.

Como se percibe, aunó y combinó la base económica y social con la superestructura (derecho, política, etc.). Es que para Luis E. Valcárcel la estructura no funciona separadamente de la superestructura. Todo está ligado intensamente, muy entrelazado; cosa que se observa con extraordinaria transparencia en las viejas culturas andinas. Por ejemplo, en el campo agrario, que siendo una actividad económica, es decir estructural, iba enteverada con la magia, la religión y el mito, que son manifestaciones ideológicas, o mejor dicho, de la superestructura. Con lo que quería manifestar que para el *runa* andino la religión, la magia y el mito también conformaban una ocupación básica de la vida, como la económica y social. Son ideas con las que siempre he estado de acuerdo.

Destacó, pues, que la economía y religión y por igual la política habían sido

los pilares fundamentales del imperio. En ellos vislumbró un verdadero sistema lógicamente desarrollado. Elucida que no se trata de creaciones inconexas, ni el fruto de improvisaciones, "sino de estructuras consolidadas que permitían un funcionamiento regular del gran organismo del Estado, concebido como la expresión del *ethos* de la sociedad incaica".

Como se nota, de conformidad a lo expuesto por Luis E. Valcárcel las esferas conformantes del "universo cultural" (material y sobrenatural) funcionan amarrados o ensamblados con vigorosidad entre sí. De modo que la integridad de los "órdenes culturales" están implícitos en cualquier actividad humana de todas las etnias del espacio andino prehispánico. Así definió la relación intensa y expresa del hombre con el mundo sobrenatural de sus dioses mediante constantes comunicaciones a través de ritos, creencias, cultos, etc., pidiéndoles protección a cambio de su sometimiento, alabanza y dones, constituyendo un intercambio activo de servicios. Claro, estas relaciones son fundamentales y directas con la vida económica, es decir, con la producción de alimentos.

Luis E. Valcárcel, por consiguiente, insurge como un funcionalista, tal como está nítidamente expresado en sus juicios sobre el derecho, el Estado y en la necesidad de sumergirse en el pensar y sentir del pueblo inca. También plasma en sus páginas la influencia idealista y estructuralista utilizada por Spengler, Toynbee, Levi Strauss (y Braudel). Eso lo hace por ejemplo cuando nos presenta a la minoría dirigente inca como si hubiera sido la luz que guiaba la vida y la historia del *runa* tahuantinsuyano, exhibiéndola como si hubiera conformado el "espíritu de la civilización" y el "ethos de la cultura antigua del Perú,

como solía llamarla, *ethos* que se ha mantenido a través de los siglos, aunque adormecido por el sufrimiento a que fue sometido durante la colonia y república.

Con su *Historia antigua del Perú a través de la fuente escrita*, Luis E. Valcárcel culminó y coronó su trabajo de investigación, ofreciéndonos un cuadro completo del Tahuantinsuyo. Ahí nos da la relación ordenada de todo los magnos aspectos de aquella realidad que fue el imperio de los Incas, tal como ella brota del testimonio de los cronistas. Esta obra tiene, además otra virtud: es el más extraordinario esfuerzo por brindar reunidos una enorme cantidad de materiales e informes utilísimos para futuras investigaciones sobre el Tahuantinsuyo. Hay que considerar que allí aborda integralmente los temas gracias a haber consultado a casi 140 cronistas, por lo que únicamente su redacción le demoró cuatro años.

Su edición corrió a cargo de la Editorial Mejía Baca, que la financió obteniendo créditos en la Argentina y usando por primera vez en el Perú el sistema de prepublicación, muy practicado en Estados Unidos y Europa, y que en Lima obtuvo una gran acogida, configurando una demostración del gran interés por los libros de historia. De los Talleres Gráficos Americalee salieron 5 000 colecciones, con un total de 15 000 volúmenes y un peso de 30 toneladas, de los cuales el 42,5% fue cubierto con la modalidad de la referida prepublicación. Pero hay otra cosa singular al respecto: como cosa nunca sucedida antes, aquel inmenso cargamento fue traído en avión desde Buenos Aires a Lima. La obra consta de más de 2 000 páginas de texto, con cerca de 200 ilustraciones, varias a colores, incluyendo mapas. Vino encuadernada en tela con una cubierta plastificada, cuyo dise-

ño pertenece al artista peruano José Bramante Vera.

En fin, contituyó un espectador acontecimiento, mucho más si tenemos en cuenta que, pese a ser el Perú uno de los países más ricos en historia, esta aparecía como la primera historia de los incas escrita por un peruano, ya que las anteriores que circulaban y conocíamos procedían de escritores extranjeros, foráneos.

Pero hay algo más que decir acerca de esta edición. Luis E. Valcárcel como lo había realizado antes, torna a desarrollar el concepto de la originalidad de la sociedad inca. La idealiza al extremo de no reconocer en ella tipo alguno de explotación del hombre por el hombre. La etnia inca, sostiene, es la civilizadora por excelencia, el grupo ejemplar, el modelo paradigmático de la humanidad con justicia y armonía social. Desde su adolescencia hasta su deceso se capta aquella invariable fidelidad a sus ideas cardinales referentes a la trascendencia de la cultura tahuantinsuyana, la defensa del indio y la integración del Perú en base a la ligazón del pasado con el presente como un solo ejercicio vital para encaminar esperanzadamente el futuro.

Así es, los trabajos de índole etnohistórico de Luis E. Valcárcel trascienden un cristalino indigenismo. Todo lo cual es comprensible porque fue el más ardiente expositor de la cultura y civilización andinas con el objeto de rescatar el pasado para devolverle su dignidad al indio contemporáneo; presentándolo, hasta convencer, de que fue y es capaz de formidables realizaciones. De ahí porque sus libros, folletos y artículos traen el listado y elogio de los aportes culturales del runa peruano. De manera que sustentándose en valores milenarios forjó un programa o proyecto ac-

tual para caminar con paso seguro hacia la construcción y consolidación de nuestra nación. Su propósito era, pues, poner el pasado al servicio del presente y futuro. De ello hizo el eje de sus trabajos, con los ojos clavados en la meta final: la reivindicación de la cultura peruana prehispánica, cuyo corolario debía ser la demostración del vínculo indesligable del indio antiguo con el campesino indígena de hoy. Su deseo era restituir al indio su protagonismo histórico y, con ello, de una vez por todas, fraguar la identidad peruana, sin renegar de las más sobresalientes contribuciones hispanas, africanas y asiáticas.

En esta forma, fue el científico social peruano que mejor revaloró al indio precolombino, y el primero en defender la afirmación de la continuidad con el indio actual. Para probar esta realidad, ya lo he dicho, escribió ensayos y tratados, a veces de corte impresionista, para lo que manejaba las fuentes arqueológicas, documentales, lingüísticas y antropológicas. Ese bagaje le permitió introducir en el Perú, como ya lo he manifestado también, la etnohistoria, y a dar impulso a los núcleos escolares campesinos y apoyo al arte popular cuando ejerció el Ministerio de Educación Pública.

No cabe ninguna duda, reivindicó a través de sus escritos a la cultura andina. Sus libros suman alrededor de 30; pero sus opúsculos y artículos en revistas y periódicos nacionales y extranjeros ascienden a centenares, tanto que él mismo, según comentó una vez, había perdido la cuenta. En cierta oportunidad exteriorizó que la bibliografía aparecida en sus *Memorias* (Lima 1981), no reúne la totalidad de su producción hecha en los medios de difusión masiva, es decir, en periódicos.

Todos estos son trabajos que debe-

mos leer, no solamente los peruanos, sino también el máximo de latinoamericanos para sentirnos orgullosos de la sabiduría de nuestros antepasados autóctonos y no echarnos tan fácilmente en los brazos de Europa y Norte América. En su larga y fructífera vida, Luis E. Valcárcel fue consecuente con sus ideas, primordialmente para rescatar la verdadera historia antigua del Perú. Y sostengo esto, porque el *indigenismo* y la *etnohistoria* han contribuido poderosamente a la formación de la conciencia de nuestro ser y de nuestro destino, con entrañable amor por nuestro país. El estudió, comprendió y defendió ambas cosas con fervorosa sinceridad. En tal perspectiva es comparable a los insignes indigenistas mejicanos Manuel Gamio, Alfonso Caso y Miguel León Portilla. Ellos descubrieron que la miseria del indio colonial y republicano es social y no biológica. Ahora ya vivimos en otra época gracias a la labor de los indigenistas, en el cual Luis E. Valcárcel tuvo una actuación brillante. Hoy en día ya consideramos al indio como a un ciudadano del Perú, debido a que hemos auscultado nuestra alma nacional, lo que permite día a día reconocer y admitir nuestras raíces andinas. Merced a ellos actualmente aceptamos los sabios legados indígenas de Mesoamérica y de los Andes: una herencia cultural que pervive en la sangre de gran parte de nuestra nación, y que en estos momentos se trata de rescatar para solucionar algunas dificultades del presente.

Por eso los peruanos le guardamos a Luis E. Valcárcel una especial deferencia y gratitud. Le reconocemos sus abundantes merecimientos como estudioso de la cultura del Tahuantinsuyo. Su figura ocupa un lugar preferencial en la historiografía peruana. Defendió y reivindicó hasta sus últimos días la cul-

tura campesina y popular. Siempre sostuvo que para entender al Perú antiguo y moderno hay que avanzar en términos de investigación etnológica, lo que alentó a través del Instituto de Etnología de la Universidad Mayor de San Marcos, que él fundó en 1946.

Mucho hemos avanzado. Pero hay que reconocer que es innegable cómo en nuestra patria los problemas de las minorías étnicas siguen palpitantes. Hay quienes continúan pensando que todavía hay razas superiores e inferiores. Prosiguen en ciertos sectores los prejuicios discriminatorios (tomando como base las tonalidades de la pigmentación). Lo que indica que las reivindicaciones enarboladas por Luis E. Valcárcel siguen en parte bullentes, bien que hoy es posible caminar con más firmeza que antes.

Por fin, indicaré una bondad más del ilustre moqueguano: supo forjar discípulos que después siguieron sus huellas, y que hoy desarrollan con realce la actividad intelectual en el campo de las ciencias sociales, es decir, en la etnohistoria, en la arqueología, antropología y sociología.

Yo modestamente, fui alumno del maestro Luis E. Valcárcel en dos ciclos anuales consecutivos en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, cuando funcionaba en la Casa del Parque Universitario. En el primer año, en el curso de Introducción a la Etnología y en el segundo en el de Etnohistoria Inca, pero que en el currículo figuraba como Historia del Perú: Incas, cuyas copias, de ambas asignaturas, las conservo como a un tesoro.

A esas clases asistíamos estudiantes de historia, arqueología y etnología, por ser cursos obligatorios para las tres carreras. También acudían muchachos de Educación y de otras facultades, quie-

nes los llevaban como asignaturas electivas, ya que por entonces imperaba tal sistema en San Marcos. Los que escuchábamos sus lecciones éramos jóvenes de diferentes sectores sociales, desde la encumbrada burguesía peruana hasta los de la más humilde extracción popular. En un ambiente de profundo silencio le oíamos sus disertaciones en voz suave y con pausas de rato en rato. Mientras exponía no miraba a sus oyentes; permanecía con los ojos clavados en el espacio. Nos daba la sensación de que así es como se abstraía y compenetraba en la vida de los peruanos precolombinos, concretamente en la civilización de los incas. Nos daba la impresión de que hasta se olvidaba de nosotros; pero solamente era una impresión, porque la verdad es que él se daba cuenta de todo.

Sus clases y apuntes de las mismas nos emocionaban por la franqueza de su cariño y admiración al *runa*, o dicho de otro modo, al pueblo que organizó y administró el Estado incaico. Es que era un etnohistoriador que no se llenaba los labios difundiendo divagaciones elaboradas encerrado en su gabinete, sino que sus palabras constituían reflexiones sobre cosas que él vio, escuchó y sintió por haber vivido al lado de los indios hasta 1930, y porque entendía el quechua; de modo que cada frase emitida tenía fundamento y vitalidad. Sin dubitaciones de ningún tipo, era un buen conocedor de las raíces del habitante indígena y de su cultura, cuyas excelencias se esmeraba en precisar. Todo lo manifestaba con singular claridad y limpieza, puntualizando cada uno de sus conceptos. De manera que en su cátedra desfilaban los incas, sus instituciones, sus expresiones artísticas, etc. Los conocimientos del maestro eran vastos. Siempre utilizaba palabras quechuas con sus respectivas

traducciones castellanas cuando se refería a hechos y cosas de los incas.

En 1958 y 1959 trabajé con él en el fichaje de los principales cronistas, juntamente con otros alumnos que si bien acabaron sus estudios de historia, prefirieron después dedicarse a la jurisprudencia. Yo le fiché todo lo relativo a caminos y tambos. En octubre de 1959 me despedí de él para viajar a España. Recuerdo con gratitud cómo él me gestionó un subsidio económico sacado del presupuesto de la Facultad: 1000 soles. Cuando estaba en Sevilla, llegó Luis E. Valcárcel a dicha ciudad: no quería dejar de conocer el Archivo General de Indias. Me contó que su viaje a España tenía por finalidad tratarse de la vista en Barcelona. Yo también le referí de lo que estaba haciendo en el citado archivo. Dio una conferencia en la Universidad Hispalense y después fuimos a almorzar con José Alcina Franch. Finalmente, nos despedimos. A mi regreso a Lima en 1962, algunas veces seguimos conversando en su oficina del Museo Nacional de la Cultura. Con posterioridad, al ser separado de la dirección de la mencionada institución, desde la Universidad Nacional del Centro (Huancaayo) le ofrecimos el decanato de la Facultad de Educación, donde yo trabajaba; pero él declinó gentilmente. Años más tarde, en 1976, lo visité en su casa para pedirle autorización para incluir un artículo suyo en el libro *Modos de producción en el imperio de los incas*. A los pocos meses retorné con el editor Carlos Mata llevándole un ejemplar de esta antología. Con suma nitidez recuerdo que lo hallamos todavía enhiesto de cuerpo, con buena salud, sencillo y atento. Incluso nos hizo esperar algunos minutos para ir y traernos una copia de sus *Memorias* mecanografiadas en un grueso volumen, extraída de una versión mag-

netofónica hecha, nos dijo, hacía apenas 6 años. Deseaba su publicación, como efectivamente se llevó a cabo al cumplir sus noventa años de vida en 1981. Después perdí el contacto, hasta que el 26 de diciembre de 1987 me enteré de su fallecimiento, a los 96 años de edad. No obstante su longevidad, su desaparición fue muy sentida por quienes conocíamos su descolante trayectoria.

Referencias Bibliográficas

BASADRE, Jorge

1931. *Perú: problema y posibilidad*. Lima, Librería Francesa Científica.

1978 *Perú: problema y posibilidad. Segunda edición. Algunas reconsideraciones cuarentisiete años después*. Lima, Banco Internacional del Perú.

GARCÍA, Uriel

1930. *El nuevo indio*. Cusco. Editorial H.G. Rozas sucesores.

MARIÁTEGUI, José Carlos

1928. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Amauta.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

1955. *Fuentes históricas peruanas*. Lima, Juan Mejía Baca & P.L. Villanueva Editores.

SALAZAR BONDY, Augusto

1965. *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo. El proceso del pensamiento filosófico*. Dos tomos. Lima, Francisco Moncloa Editores.

TORD, Luis Enrique

1978. *El indio en los ensayistas peruanos: 1848 - 1948*. Lima, Editoriales Unidas.

VALCÁRCEL, Luis E.

1912. "Kon, Pachacamac, Uiracocha. Contribución al estudio de las religiones del antiguo Perú". *Revista Universitaria*. Órgano de la Universidad del Cusco: Nos. 1, 2 y 3. (Cusco).

1925a. *Del ayllu al imperio*. Lima, Serie El Inkario. Editorial Garcilaso.

1925b. *De la vida incaica. Algunas aportaciones al espíritu que la animó*. Lima, Editorial Garcilaso.

1926. "Tempestad en los Andes". *Amauta*. Revista mensual de doctrina, arte, literatura, polémica: Año I. Nº 2.

1927. *Tempestad en los Andes*. Lima, Biblioteca Amauta. Editorial Minerva. Prólogo de José C. Mariátegui. Colofón de Luis Alberto Sánchez.

1937. *Mirador indio*. Lima, Primera serie. Talleres Gráficos del Museo Nacional.

1943. *Historia de la cultura antigua del Perú*. Lima, Tomo I. Volumen I. Imprenta del Museo Nacional.

1945. *Ruta cultural del Perú*. México. Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme, Nº 7.

1949. "El Estado incaico". *Revista Histórica*: Tomo XVIII. (Lima.)

1959. *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima. Textos Universitarios I. Imprenta de la Universidad de San Marcos.

1964a. *Historia del Perú antiguo, a través de la fuente escrita. Historiadores de los siglos XVI, XVII, XVIII*. Editorial Juan Mejía Baca. Buenos Aires. Tres volúmenes.

1964b. *Machu Picchu*. Buenos Aires. Biblioteca de América. Eudeba.

1981. *Memorias*. Lima. Instituto de Estudios Peruanos.